



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

verumque dilige. Justitiam
fac: Bonum





EL TEMPLO DE VENUS.

*Este poema y las novelas que compondrán
la coleccion se hallarán venales en las li-
brerías siguientes.*

| | |
|-----------------------------|-------------------------------|
| Barcelona. <i>Oliva.</i> | Coruña..... <i>Calvete.</i> |
| Madrid..... <i>Cuesta.</i> | Zaragoza... <i>Polo.</i> |
| Cádiz <i>Hortal.</i> | Tarragona. <i>Berdeguer.</i> |
| Sevilla <i>Caro.</i> | Tortosa..... <i>Oliveres,</i> |
| Gerona..... <i>Oliva.</i> | Palma..... <i>Guasp.</i> |
| Granada ... <i>Sanz.</i> | Valencia.... <i>Mallen.</i> |
| Málaga..... <i>Aguilar.</i> | Habana,.... <i>Mas.</i> |

EL
TÈMPLO DE VÈNUS

EN GNIDO,

Por Montesquieu.

TRADUCIDO Y EN PARTE IMITADO

POR

DON J. R. C.



BARCELONA :
IMPRENTA DE OLIVA ,
CALLE DE LA PLATERÍA.

—
1835.



**Es propiedad de la casa
de OLIVA.**

Conclusion del elogio del señor de *Montesquieu*, inserto á la frente del tom. 5.º de la Enciclopedia, por el señor D'Alambert, y que puede servir de advertencia preliminar al TEMPLO DE GNIDO.



LA importancia de las obras de que acabamos de hablar en este elogio (esto es las Causas de la grandeza y decadencia de los Romanos, y el Espíritu de las leyes), nos ha impedido hacer mencion de otras menos considerables, que el autor escribió como por pasatiempo, y que bastarian para formar el elogio de cualquier otro. La mas notable es el Templo de

Gnido (1), que siguió muy inmediatamente á las Cartas Persianas. Asi como en estas el señor de Montesquieu se habia mostrado un Horacio, Teofrasto y Luciano, en este nuevo ensayo se manifestó un Ovidio y un Anacreonte. Ya no es el amor despótico del Oriente lo que se propone pintar, es sí la delicadeza del amor pastoral tal como se halla en un alma virgen, á quien no ha corrompido aun el comercio de los hombres. Tal vez temió el autor que un cuadro tan extraño á nuestras costumbres, pa-

(1) El señor de Montesquieu habia regalado su *Templo de Gnido* al abate Guasco en su salida de Turin, sin decirle que fuese su autor. Despues se lo dijo, añadiéndole que la reunion ó tertulia de la señora de Clermont, la cual tenia el honor de frecuentar, le habia dado márgen á la idea del opúsculo sin otro objeto que hacer una pintura decente de la voluptuosidad.

receria demasiado lánguido y uniforme, y por esto procuró animarlo con las mas risueñas pinturas. El lector se ve transportado en un pais de encantos, cuya perspectiva podrá interesar poco á un amante feliz; pero su descripcion lisonjea la fantasia aun despues de quedar satisfechos los deseos. Llevado únicamente de su objeto, ha esparcido en su prosa este estilo animado, figurado y poético, cuyo primer modelo es entre nosotros el poema del Telémaco. No sabemos porque algunos censores del Templo de Gnido, se han quejado de que no estuviera en verso. El estilo poético, si por esta palabra se entiende como se debe entender un estilo lleno de fuego y de imaginacion, no tiene necesidad para agradar de la marcha uniforme y cadente de la

versificación; pero si este estilo se hace consistir en una ojarasca de epitetos ociosos, en pinturas frías é insulsas de las alas y la aljava del amor y otros objetos semejantes, ningun mérito añadirá el metro á esos adornos ya usados, y en vano se buscará entre ellos el alma y la vida de la poesía. En una palabra, siendo el Templo de Gnido una especie de poema en prosa, dejemos á nuestros escritores célebres en este género el fijar la clase á que debe pertenecer: solo ellos pueden ser jueces en esta materia. Dirémos sin embargo, que las pinturas de esta obra sostendrán felizmente una de las pruebas principales de las descripciones poéticas, el poderse representar sobre el lienzo. Pero lo mas notable en el Templo de Gnido, es ver al mismo Ana-

creon convertido siempre en observador y filósofo. En el Canto cuarto figurando el autor describir las costumbres de los Sibaritas, se conoce desde luego que pinta nuestras costumbres. El prefacio del opúsculo ya lleva marcado la señal del genio que formó las Cartas persianas. Presentando el Templo de Gnido como traducción de un manuscrito griego, chanza desfigurada después por tantos malos copistas, toma de aquí ocasión para pintar con un solo rasgo la ineptitud de los críticos y el pedantismo de los traductores, y acaba por estas palabras dignas de repetirse: «Si las gentes serias exigen de mí alguna obra menos frívola, también puedo satisfacerles. Treinta años hace que estoy trabajando en un libro de doce páginas que debe contener

cuanto sabemos en órden á la metafísica , á la política y á la moral , y todo cuanto autores de primer órden han olvidado en los libros que nos han dejado escritos sobre estas ciencias.»



Nada tuviera que añadir al transcrito elogio del *Templo de Venus en Gnido*, si este opúsculo fuese una mera traduccion del que escribió el señor de Montesquieu ; pero participa tambien de imitacion, como lo echará de ver el que lo coteje con la edicion de sus obras originales. Como el objeto del *Templo* no está circunscrito á una accion determinada , sino solo á la pintura del amor pastoral y sencillo, cual debe ser para poder llamarse

virtud, hijo desnudo de la naturaleza, creí que pudieran añadirse algunos cuadros á los que presenta el autor con su delicado pincel. Mas si la sombra del colorido descubre alguna diferencia á lo que se añade, cúlpese á la osadía de un corazón que á los 16 años se penetró del encanto de tan deliciosa lectura, y probó juntar á las bellas sensaciones del autor sus propias sensaciones. Los placeres del amor son innumerables, y aunque arrebatan cuando los describe la pluma del filósofo, no dejarán de interesar á lo menos cuando los espresa la pura y candorosa sensibilidad.

f e

A CIMODEA.

¿A quién mejor que á tí podia ofrecerse la traduccion de un opúsculo de amor? Hermana de las Gracias, modelo del candor y envidia de las bellezas; tú sola mereces reinar sobre el Templo de Gnido, como reinas en los corazones por el dulce imperio de tus encantos. La misma Vénus mandaria coronarte entre las hermosas, y de cuantos te conocen, has recibido ya ese mismo concepto.

Todas las heroínas que se diseñan en el Templo de Gnido son retratos tuyos. Tú sola reunes todos sus encantos, la sencillez de Camila, el amor de Temira y la ternura de Nayadé. Pero

XIV

desdeñas la falsedad de Terpsícore y la inconstancia de su amante.

Si al leer este opúsculo se enternece tu corazón, si renovándote recuerdos dulces con la imagen de estos amores felices exhalas un solo suspiro: ¿qué recompensa mayor podré esperar de mi sencilla ofrenda?

Ni me atrevo á pedir mas, ni lo merezco. Mas de una vez han caido lágrimas de mis ojos al comparar la deleitosa situación de estos amantes afortunados, y la infeliz soledad de mi corazón. ¿Dónde podré hallar como el venturoso cazador una Nayade que se acuerde de mí?

Desde el trono de tu hermosura, rodeada de obsequios y de caricias, dignate fijar alguna vez tus ojos sobre el Templo de Gnido. Y si te acuerdas entonces de quien te lo ofreció, y le compadeces, ah! podré no considerarme venturoso?

Pero qué digo? tal vez arrojarás á las llamas estás páginas que te ofrecí con mi corazón. Ah! ni una triste memoria querrás conservar de un desgraciado. Sí, desgraciado, mas no ingrato.



CANTO PRIMERO.



VÉNUS prefiere la mansion de Gnido á la de Pafos y de Amantonta, y jamas baja del Olimpo que no venga á visitar sus Gnidianos. Este pueblo feliz se ha acostumbrado tanto á verla, que ya no siente aquel sagrado horror que inspira la presencia de los Dioses. A veces su deidad se encubre dentro una

nube, y se da á conocer por el divino olor que despiden sus cabellos perfumados de ambrosia.

La ciudad está situada en medio de un pais sobre el que los Dioses han derramado á manos llenas sus beneficios. Allí se disfruta de una primavera eterna: la tierra en su venturosa fertilidad se anticipa á los deseos; rebaños sin número pacen por sus verdes campiñas: los vientos esparcen con un soplo suave la esencia de las flores; las aves cantan sin cesar. Diriais que los bosques son armoniosos; los arroyos

serpean murmurando las llanuras ; todo se desarrolla á la influencia de un calor apacible, y el aire mismo se respira con el deleite.

Junto á la ciudad se halla el palacio de Vénus. El mismo Vulcano echó sus cimientos : ese Dios trabajó por su infiel esposa, cuando queria hacerle olvidar el cruel oprobio que le hizo sufrir en presencia de los Dioses.

¿Me será posible dar una idea de los encantos de este palacio ? Solo las gracias pueden describir lo que es obra suya. El oro, el azur los rubies, los

diamantes brillan por todas partes.... Pero yo pinto su opulencia, no sus bellezas.

Los jardines son encantados. Flora y Pomona los tienen á su cuidado, y se cultivan por manos de las ninfas. Los frutos nacen bajo la mano del que los coge, y á los frutos siguen las flores. Cuando Vénus se pasea por ellos rodeada de sus Gnidianas, parece que con la travesura de sus juegos, van á destruir esos vergeles deliciosos; pero una virtud secreta lo repara todo en un instante.

Vénus se complace en ver las danzas inocentes de las hijas

de Gnido. Sus ninfas se confunden con ellas, y la Diosa misma toma parte en sus juegos. Despojándose de su magestad, sentada en medio de ellas, ve reinar en sus corazones la alegría y el candor.

A lo lejos se descubre un vasto prado que hermosea el esmalte de las flores. El pastor viene á cogerlas con su zagala: La flor que encuentra es siempre la mas bella, y cree que Flora la ha criado espresamente para él.

El rio Cefeo baña esta pradería dando mil vueltas. Sus márgenes detienen á la pastora

fugitiva , y la obligan á dar el tierno beso que habia prometido.

Quando las ninfas se acercan á sus orillas , se para el rio , y á las ondas que huyen , siguen otras que se detienen. Pero quando alguna de ellas se baña , se muestra aun mas amoroso. La rodea con sus aguas ; á veces se levanta para abrazarla , la eleva , huye , la arrastra en su corriente. Sus tímidas compañeras empiezan á llorar ; pero él la sostiene sobre sus hombros , y prendado de carga tan querida la pasea por sus lisos cristales , hasta que desespera-

do por tener que abandonarla, la lleva suavemente sobre la orilla, y consuela á sus compañeras.

Junto al prado hay un bosque de mirto, cuyas sendas se confunden con mil vueltas. Aquí vienen á contarse sus penas los amantes, y el amor que les tiene embelesados les conduce por sendas siempre mas ocultas.

No muy lejos de aquí hay un bosque antiguo y sagrado, donde la luz del dia penetra apenas : encinas al parecer inmortales levantan hasta el cielo una copa que escapa á la vista.

En este lugar se siente un pavor religioso. Le tendriais por la morada de los Dioses, cuando los hombres no habian salido aun de la tierra.

Cuando se vuelve á encontrar la luz del dia, se sube á una pequeña colina sobre la que está el templo de Vénus. Este lugar es el mas venerable y sagrado que tiene el Universo.

En este templo fué donde Vénus vió á Adonis por la primera vez. El veneno del amor se derramó en el corazon de la Diosa. Que! dijo ella, yo amar un mortal! Ay! yo siento que

le adoro. No se me dirijan mas votos. En Gnido no hay otro Dios que Adonis.

En este mismo sitio llamó á los amores , cuando ofendida por un desafio temerario quiso consultarles. Estaba vacilando si se presentaria desnuda á los ojos del pastor troyano. Ocultó su cintura con los cabellos, sus ninfas la perfumaron , subió sobre su carro tirado por cisnes, y llegó á Frigia. El pastor vacilaba entre Juno y Palas. La vió : sus ojos divagaron por un momento , y bajaron. La manzana cayó á los pies de la Diosa. El quiso hablar, y

su mismo desorden fué su fallo.

En este templo fué donde vino con su madre la jóven Físce, mientras el mismo amor voloteando por entre los techos de oro fué sorprendido por una de sus miradas. Entonces sintió todos los males de que es causa. «Estas son, dijo, las heridas que yo doy! No puedo sostener mi arco ni mis flechas.» Y cayó sobre el seno de Físce. «Ah! exclamó, ahora empiezo á conocer que soy el Dios de los placeres.»

Al entrar en este templo se siente en el corazon un en-

canto secreto que no puede explicarse. El alma se embriaga en aquellos dulcísimos raptos que los Dioses no pueden sentir sino en sus mansiones celestiales.

Todo lo que presenta de mas risueño la naturaleza lo ha reunido aqui , junto con lo que el arte ha podido imaginar de mas noble y digno de los Dioses.

Una mano inmortal sin duda , lo ha adornado todo con unas pinturas que parece tienen alma. Aqui se ve el nacimiento de Vénus, el transporte de los Dioses asi que la vieron. Su confusion al verse toda des-

su mismo desorden fué su fallo.

En este templo fué donde vino con su madre la jóven Fisce, mientras el mismo amor voloteando por entre los techos de oro fué sorprendido por una de sus miradas. Entonces sintió todos los males de que es causa. «Estas son, dijo, las heridas que yo doy! No puedo sostener mi arco ni mis flechas.» Y cayó sobre el seno de Fisce. «Ah! exclamó, ahora empiezo á conocer que soy el Dios de los placeres.»

Al entrar en este templo se siente en el corazon un en-

jen guirnaldas con que enlazan á los dos amantes : sus ojos parecen confundirse, suspiran, y están tan embebidos en contemplarse uno á otro que ni aun advierten á los amorcillos que juguetean en su torno.

En un recinto separado el pintor representa las bodas de Vénus y de Vulcano. Allí se vé reunida toda la celeste corte. El Dios, menos sombrío de lo que acostumbra, está mas pensativo. La Diosa mira con indiferencia el júbilo universal, alarga á su esposo como al descuido una mano que parece resistirse : retira del Dios sus

nuda, y aquel pudor que es la primera de las gracias.

Tambien se ven los amores de Marte con la Diosa. El pintor ha representado al Dios sobre su carro, fiero y aun terrible. La fama vuela á su redor: el temor y la muerte marchan delante de sus corceles cubiertos de espuma. Entra en medio del combate, un polvo espeso empieza á ocultarle. Por el otro lado se le ve echado muellemente sobre un lecho de rosas, como sonrie á Vénus. Solo le conocierais por algunos rasgos divinos que le han quedado. Los placeres te-

jen guirnaldas con que enlazan á los dos amantes : sus ojos parecen confundirse, suspiran, y están tan embebidos en contemplarse uno á otro que ni aun advierten á los amorcillos que juguetean en su torno.

En un recinto separado el pintor representa las bodas de Vénus y de Vulcano. Allí se vé reunida toda la celeste corte. El Dios, menos sombrío de lo que acostumbra, está mas pensativo. La Diosa mira con indiferencia el júbilo universal, alarga á su esposo como al descuido una mano que parece resistirse : retira del Dios sus

ojos que apenas en él se fijan, y se vuelve del lado de las gracias.

En otra parte se ve á Juno que celebra la ceremonia del enlace. Vénus toma la copa para jurar á Vulcano una fidelidad eterna. Los Dioses sonrien, y Vulcano lo escucha con placer.

A la otra parte se ve al Dios impaciente que se lleva como por fuerza á su divina esposa. Ella hace tanta resistencia, que se tendria por la hija de Ceres á quien Pluton va á robar, si el ojo que vió á Vénus una vez pudiese jamás engañarse.

No muy léjos de aqui se ve como la toma para conducirla al lecho nupcial. El tropel de los Dioses les siguen. Vénus se resiste, y forceja contra los brazos que la tienen asida. El vestido huye de sus rodillas, vuelan los pliegues de hilo: Vulcano compone este bello desórden, mas solícito en ocultarla que ansioso de llevársela.

Se le ve en fin en el acto de ponerla sobre el lecho que ha preparado el himeneo, la oculta bajo el cortinaje y cree tenerla alli segura para siempre. La turba importuna se retira, y él se complace en verla marchar.

Las Diosas juegan entre sí; pero los Dioses permanecen melancólicos, y la tristeza de Marte tiene un no se qué de sombrío como los funestos zelos.

La misma Diosa ha querido establecer aqui su culto. Preadada de la magnificencia de su templo ella misma ha arreglado las ceremonias, instituido las fiestas, de suerte que es á un tiempo la Deidad y la Sacerdotisa.

El culto que se le tributa en toda la tierra, es mas bien una profanacion que un culto religioso. En unos templos todas las doncellas del pais se pros-

tituyen en honor suyo, y se hacen un dote de los productos de la devocion. En otros cada muger casada va una vez á la vida para entregarse al que la haya escogido, y deja en el Santuario el dinero que ha recibido. Hay otros donde las cortesanas de todos los paises mas honradas que las matronas van á llevar sus ofrendas. Otros hay por último, en que los hombres se hacen eunucos, y vistiéndose de mugeres para servir en el Santuario, consagran á la Diosa el sexo que ya no tienen, y el que no pueden tener.

Pero ella quiso que el pueblo de Gnido tuviese un culto mas puro, y le tributase homenajes dignos de su divinidad. Aqui los sacrificios son suspiros, y las ofrendas un corazon tierno. Cada amante dirige sus votos á su querida, y Vénus los recibe por ella.

En cualquier parte que se halle la hermosura se la adora como á Vénus misma, pues la hermosura es tan divina como ella.

Los pechos enamorados vienen al templo, y van á abrazar los altares de la fidelidad y de la constancia.

Los que se hallan apesara-
dos por los rigores y cruelda-
des de una ingrata, vienen aquí
á suspirar ; sienten aligerarse
sus tormentos , y nacer en su
corazon la lisonjera esperanza.

La Diosa que ha prometido
hacer la felicidad de los verda-
deros amantes , la reparte siem-
pre á medida de sus penas.

Los zelos son una pasion
que se puede tener , pero que
se debe callar. Cada uno ado-
ra en secreto los caprichos
de su dueño , como se adoran
los decretos de los Dioses , que
son mas justos cuando nos
quejamos de ellos.

Se ponen en la clase de los favores divinos el fuego, los trasportes del amor y el furor mismo, pues cuanto mas enagenado está el corazon, mas pertenece á la Diosa.

Los que no han dado su corazon, son unos profanos que no pueden entrar en el templo. Estos desde lejos dirigen sus votos á la Diosa, y le piden que les saque de esta árida libertad que les imposibilita de formar deseos.

La Diosa inspira á las doncellas la modestia. Esta prenda seductora da un nuevo precio á todos los tesoros que encubre.

Pero en estos lugares afortunados jamas ellas se han avergonzado de una pasion sincera, de un sentimiento candoroso, de una tierna declaracion.

- El corazon mismo fija siempre el momento en que debe descubrirse; pero es una profanacion el descubrirse sin amar.

El amor está siempre atento á la felicidad de los Gnidianos. Escoge las flechas con que ha de herirles. Cuando ve una amante perdida por los rigores de su amado, toma una saeta mojada en las aguas del rio del

olvido. Cuando ve á otros dos que empiezan á amarse, les hiere sin cesar con nuevos dardos. Si ve alguno cuyo amor se debilita, ó hace revivir desde luego la llama, ó la apaga enteramente, porque les ahorra siempre los últimos dias de una pasion que va falleciendo. Jamás se experimentan los disgustos antes de quedar sin amor, y delicias mas dulces hacen olvidar las primeras.

El amor ha quitado de su algava los dardos crueles con que hirió á Fedro y á Ariana, dardos que mezclados con amor y de odio sirven para ostentar

su poder, así como el rayo manifiesta el supremo imperio de Júpiter.

A medida que el Dios inspira el placer de amarse, Vénus une á este placer la dicha de agradarse uno á otro.

Las muchachas entran cada dia en el Santuario para hacer su súplica á Vénus. En él sienten unos afectos tan puros como el corazon que los produce. «Reina de Amatonta, decia una de ellas, mi llama por Tirsis se apagó ya. No te pido que me vuelvas mi amor; haz tan solo que Yxifilis me ame.»

Otra decia en voz baja : «Po-

derosa Deidad! dame fuerzas para encubrir por algun tiempo el amor que tengo á mi pastorcillo, porque sea mas preciosa la confesion que quiero hacerle.»

«Diosa de Citeres, decia la otra, yo busco la soledad, los juegos de mis amigas ya no me divierten. ¿Será tal vez que yo ame? Ah! si yo amo á alguno, este no puede ser sino Dafnis.»

En los dias festivos las jóvenes y los muchachos vienen á cantar himnos en honor de Vénus. Muchas veces cantan la gloria de la Diosa, can-

tando sus propios amores.

Un jóven Gnidiano que tenia por la mano á su querida, cantaba así: « Amor, cuando viste á Fisce te heriste sin duda con las mismas flechas con que acabas de herir mi pecho. Tu dicha era igual á la mia: tú sentias mis fuegos, y yo he sentido sus placeres.»

He visto todo lo que acabo de describir. He visitado á Gnido, he visto á Temira y la he amado: la he visto despues, y la he amado mas todavía. Yo estaré en Gnido con ella toda mi vida, y seré el mas dichoso de los mortales.

Irémos al templo. Nunca un amante mas fiel habrá entrado en sus umbrales. Irémos al palacio de Vénus, y creeré que es el palacio de Temira. Iré al prado, cogeré flores, y las pondré despues sobre su seno. Quizá podré conducirla al bosque donde vienen á confundirse tantos caminos, y cuando se halle estraviada..... el amor que me inspira, me prohíbe revelar sus misterios.

CANTO SEGUNDO.

HAY en Gnido otro Santuario habitacion de las ninfas , donde la Diosa dicta sus oráculos. No gime la tierra bajo sus pies, ni los cabellos se erizan sobre la frente. No hay Sacerdotisas como en Delfos , en donde Apolo agita la Pitia. La misma Vénus escucha á los mortales sin burlarse de sus esperanzas ni de sus temores.

Una coqueta de la isla Cretense habia venido á Gnido

rodeada de todos los jóvenes Gnidianos, sonreía al uno, hablaba al otro al oído, descansaba su brazo sobre otro, y llamaba á los mas que le siguiesen. Era bella, adornada con artificio, y tenia la voz tan impostora como los ojos. O Cielos! que alarmas no causó esta beldad á las verdaderas amantes! Se presentó al oráculo tan fiero como las Diosas; pero luego vimos una voz que salia del santuario: «Pérfida! ¿cómo te atreves á introducir tus artificios hasta en los lugares en que yo reino con el candor? Voy á darte un castigo cruel.

Te quitaré tus atractivos, y te dejaré el corazón como le tienes. Llamarás á cuantos hombres veas, ellos huirán de tí como de una miserable sombra, y morirás consumida de bochornos y de desprecios.»

Una cortesana de Noretis vino despues brillando toda con los despojos de sus amantes. «Vete, dijo la Diosa, te engañas si crees con esto formar la gloria de mi imperio. Tu belleza enseña que hay placeres; pero no los dá. Tu corazón es como el hierro, y aunque vieses á mí mismo hijo no sabrias amarle. Vé á prodigar tus favo-

res á hombres afeminados que los solicitan y se disgustan : ve á mostrarle esos encantos que de repente se admiran , y se pierden para siempre ! Tú solo sirves para hacer despreciable mi poder.

Poco tiempo despues vino un hombre rico que recaudaba los tributos del Rey de Lidia. Tú me pides, dijo la Diosa un favor que no se como hacértelo , por mas que sea la Diosa del amor. Tú compras las bellezas para amarlas ; pero por eso que las compras no las amas. No te serán inútiles tus tesoros : para disgustarte

de lo que la naturaleza tiene de mas dulce y encantador.

Presentóse en seguida un jóven de Dórida, llamado Aristeo. Habia visto en Gnido la amable Camila, y habia quedado de ella perdidamente enamorado. Conocia todo el exceso de su amor, y venia á pedir á Vénus, que pudiese amarla mas todavía.

«Bien conozco tu corazon, le dijo la Diosa. Tu sabes amar: He hallado á Camila digna de tí. Hubiera podido darla al Rey mas poderoso del Universo; pero los reyes la merecen menos que los pastores.»

Me presenté yo en seguida con Temira. La Diosa me dijo: «No tengo en todo mi imperio mortal mas sumiso á mis leyes que tú. ¿Pero que pretendes de mí? Ni puedo aumentar en tí tu amor, ni en Temira sus encantos. «Ah! le respondí, ó gran Diosa! Mil gracias tengo que pedirlos. Haced que Temira no piense sino en mí, no vea á otro que á mí, que se dispierte pensando en mí: que tema perderme cuando estoy en su presencia, y me espere con ansia cuando estoy ausente. Que siempre mas embetada de verme, lllore como per-

didós hasta los momentos que
habrá pasado sin mí.

CANTO TERCERO.

HAY en Gnido los juegos sa-
grados que se renuevan todos
los años. A ellos acuden de to-
das partes las mugeres para dis-
putar el premio de la belleza.
Aquí las pastoras se confunden
con las hijas de los reyes, pues
no se conocen otras señales de
imperio que la belleza. Vénus
preside por sí misma, y de-

cide sin vacilar, porque sabe muy bien cual es la mortal feliz á quien ha prodigado mas favores.

Helena ganó este premio muchas veces. Ella triunfó despues que Teseo la hubo arrebatado : triunfó despues que se la habia llevado el hijo de Priamo : triunfó en fin cuando los Dioses la habian vuelto á Menelao, despues de diez años de esperanza. Así este Príncipe, á juicio de Vénus misma fué esposo tan feliz, como dichosos amantes habian sido Teseo y Páris.

Vinieron treinta muchachas

de Corinto, cuyas cabezas caían en poblados rizos sobre las espaldas. Vinieron igualmente diez de Salamina, que solo habían visto trece veces el curso del sol. Quince de la isla de Lesbos, de las cuales se decía una á otra: «Vuestra belleza me sorprende: no, nada existe mas seductor que vos. Si Vé-nus os mira con los mismos ojos que yo, os coronará entre todas las hermosuras del Universo.

Acudieron cincuenta mugeres de Mileto. Nada podia compararse á la blancura de su cutis, y á la regularidad de sus

formas : todo manifestaba ó prometia un cuerpo primoroso. Los Dioses de quien son obra, nada hubieran hecho mas digno de sí, si su cuidado no hubiese sido dotarlas de perfecciones mas bien que de gracias.

Cien mugeres de la isla de Chipre vinieron tambien. Nosotras, decian ellas, hemos pasado nuestra juventud en el templo de Vénus. Le hemos consagrado nuestra virginidad, y hasta nuestro pudor. Nuestros encantos no nos causan rubor alguno. Nuestros modales á veces atrevidos y siempre

libres deben darnos alguna ventaja sobre un pudor que tímido se alarma sin cesar.

Yo ví las hijas de la orgullosa Lacedemonia. Su vestido era abierto por los lados bajo la cintura del modo mas inmodesto, y sin embargo ellas remedaban la modestia, asegurando con teson, que si violaban el pudor era por amor á la pureza.

¡Mar famosa por tantos naufragios! Tú sabes conservar depósitos preciosos. Cuando el navío Argos llevó sobre tu líquida llanura el toison de oro, te pusiste en plácida cal-

ma; y cuando cincuenta bellidades han salido de Colcos, y se han confiado á tu imperio, las has sepultado bajo tus ondas.

Vi tambien á Oriana semejante á las Diosas. Todas las bellezas de la Lidia rodeaban á su Reina. Habia enviado delante de ella cien jóvenes doncellas, que presentaron á Vénus una ofrenda de doscientos talentos. Candaulo, mas célebre por su amor que por la púrpura real habia venido en persona. Este príncipe pasaba dias y noches en devorar con sus miradas las gracias de

Oriana. Sus ojos se cebaban en tan hermoso cuerpo, y no se cansaban jamas. Ah! decia él, yo soy feliz, pero hay un secreto que sólo Vénus é yo lo sabemos. Mi dicha seria mayor si fuese envidiada. Hermosa reina! quitaos esos vanos adornos: caiga á vuestros pies ese vestido importuno: mostraos al Universo. Dejad el premio de la belleza, y pedid altares.

Seguian despues veinte niñas de Babilonia. Llevaban mantos de púrpura bordados de oro, y creian que aquella pompa aumentaba el valor de su persona. Habia algunas que

para ostentar su hermosura, llevaban como por trofeos las riquezas adquiridas con ella.

Mas lejos descubrí cien mugeres egipcias. Tenian negros los ojos, y negros los cabellos. Sus esposos que marchaban á su lado les decian: «Las leyes nos someten á vosotros en honor de Isis; pero vuestra belleza tiene sobre nosotros un imperio mas fuerte que el de las leyes. Os obedecemos con el mismo placer con que se obedece á los Dioses. Somos los esclavos mas venturosos del Universo.

El deber os asegura nuestra

fidelidad, pero solo el amor puede prometernos la vuestra.

Mostraos menos sensibles á la gloria que adquiriréis en Gnido que á los homenages podeis hallar en vuestra propia casa, junto á un esposo pacífico, quien mientras os ocupais vosotras en los quehaceres de afuera, aguarda en el seno de vuestra familia un corazon que solo vosotras podeis darle».

Tambien vinieron mugeres de aquella ciudad poderosa que envia sus naves á la otra parte del globo. Los adornos fatigaban á su soberbia frente.

Parecia que todas las partes del mundo habian contribuido á sus atavíos.

Diez beldades vinieron de los paises donde nace el dia. Eran hijas de la Aurora, y todos los dias se levantaban antes que ella para gozar de su vista. Se quejaban del Sol, que hacia desaparecer á su madre, y se quejaban de su madre porque se les manifestaba lo mismo que á los demas mortales.

Ví debajo de su tienda una reina de un pueblo indiano. Estaba rodeada de sus hijas, cuyas gracias hacian aguardar

las de su madre. La servian eunucos, cuyos ojos se fijaban en tierra, porque desde que respiraban el aire de Gnido habian sentido redoblar su horrorosa melancolía.

Las mugeres de Cadiz que habitan en las estremidades de la tierra, disputaron tambien el premio. No hay pais en el Universo en que una muger bella no reciba homenages; pero tampoco existe alguno en donde los mayores homenages puedan calmar la ambicion de una muger bella.

En seguida parecieron las hijas de Gnido. Hermosas sin

atavíos, en lugar de perlas y de rubíes tenían gracias. Su cabeza estaba adornada solo con los dones de Flora, pero estos eran mas dignos de los abrazos del céfiro. Su vestido no tenia otro mérito que el delinear una calle seductora; y ser tejido por sus propias manos.

Entre todas estas bellezas no se hallaba la jóven Camilla; pues habia dicho: «No quiero yo disputar el premio de la hermosura. Con tal que mi querido Aristeo me halle hermosa, esto me basta».

Diana hacia célebres estos

juegos por su presencia. No venia á ellos para disputar el premio, porque las Diosas no pueden compararse con las mortales. Yo la ví sola. Era bella como Vénus. La ví al lado de Vénus: no era mas que Diana.

Jamas se presentó espectáculo mas grandioso. Unos pueblos estaban separados de otros. La vista iba divagando de pais en pais, desde el Occidente hasta la Aurora. Parecia que Gnido encerrase todo el Universo.

Los Dioses han repartido la belleza entre las naciones, así

como la naturaleza la ha repartido entre las Diosas. Allá se descubria la hermosura activa de Pallas, aquí la grandeza y magestad de Juno; mas allá la sencillez de Diana; la delicadeza de Tetis, el encanto de las Gracias, y algunas veces el sonrís de Vénus.

Parecia que cada pueblo tuviese su manera particular de espresar el pudor, y que todas esas mugeres querian jugar con los ojos. Estas descubrian el cuello, y ocultaban las espaldas: aquellas enseñaban las espaldas y encubrian el cuello. Las que

ocultaban el pie, os compensaban con otros atractivos, y en una parte les causaba rubor lo que en otra llamaban recato.

Los Dioses están tan prendados de Temira que no la miran sin que sourien de placer por esta obra suya. De todas las Diosas solo Vénus se complace en verla, de lo que murmuran los Dioses como por una especie de zelos.

Al modo que una rosa se deja ver en medio de las flores que brotan entre la yerba, así se distinguia Temira entre todas las bellezas. Estas ni tiem-

po tuvieron de serle rivales : quedaron vencidas aun antes de temerlo. Desde el momento en que apareció, Vénus no miró mas que á ella. Llamó á las Gracias. « Id á coronarla , les dijo ; de cuantas beldades tengo á la vista , solo ella se os parece ».

CANTO CUARTO.

MIENTRAS Temira estaba ocupada con sus compañeras en el culto de la Diosa , yo entré en un bosque solitario , donde hallé el tierno Aristeo. Los dos nos habíamos visto el día en que fuimos á consultar el oráculo. Esto solo nos estimuló á conversar amistosamente. Porque Vénus infunde en el corazon al ver un habitante de Gnido aquel secreto placer que hallan dos amigos, cuan-

do despues de una larga ausencia estrechan en sus brazos el dulce objeto de sus inquietudes.

Prendados uno de otro sentimos ambos que el corazon se nos comunicaba. Nos parecia que la tierna amistad habia bajado del cielo para ponerse en medio de nosotros. Nos contamos mil sucesos de nuestra vida. He aqui á corta diferencia lo que le dije,

Yo nací en Sibaris, donde mi padre Antiloco era sacerdote de Vénus. En este pueblo no se halla diferencia entre los placeres y las necesi-

dades. Se destierran todas aquellas artes que pueden turbar un sueño tranquilo, y se premian á costas públicas los que saben descubrir placeres nuevos. Los ciudadanos solo se acuerdan de los bufones que les han divertido, y han perdido la memoria de los magistrados que les han gobernado.

Se abusa de la fertilidad del terreno que produce una abundancia eterna; y los favores de los Dioses sobre los Sibaritas solo sirven para fomentar el lujo y la molicie.

Los hombres son tan afe-

minados, su figura se parece tanto á las mugeres, componen con tanto primor el colorido de su rostro, se enrizan con tal arte el cabello, emplean tanto tiempo para pulirse en el espejo, que parece no hay mas que un solo secso en toda la ciudad.

Las mugeres en lugar de dejarse vencer se abandonan. Los deseos y esperanzas de cada dia acaban en aquel dia mismo. No se sabe que cosa es amar y ser amado. Solo se ocupan en lo que falsamente se llama gozar.

Los favores mismos no tie-

nen el valor real que les es propio: Todas estas circunstancias que tan bellamente les acompañan, todas esas friolerillas que tanto apreciamos, esas simpatías que parecen siempre mas seductoras, esas cosas tan pequeñas y de tanto valor, todo cuanto prepara un momento feliz, tantas conquistas en lugar de una, tantos goces antes del último, nada de esto conocen los Si-baritas.

Si á lo menos tuviesen una sombra de modestia, esta imagen endeble de la virtud podria ofrecer algo de agradable.

Pero no. Los ojos se han acostumbrado á verlo todo, y los oídos á escucharlo todo.

Tantos placeres multiplicados lejos de dar á los Sibaritas mas delicadeza, les imposibilitan de distinguir un sentimiento de otro sentimiento.

Pasan su vida en una alegría meramente superficial. Dejan un placer que les disgusta por otro placer, que les disgustará luego. Cuanto pueden imaginar les es un objeto nuevo de fastidio.

Su alma incapaz de percibir los placeres, parece que solo nació delicada para las

penas. Un ciudadano se fatigó toda una noche por una rosa que se introdujo en su cama.

La molicie ha debilitado sus cuerpos hasta el punto de no poder levantar el menor peso; apenas pueden sostenerse sobre sus pies: el trote suave de un coche les desmaya, y cuando se hallan en un banquete, les falta á cada momento el apetito por la debilidad del estómago.

Pasan su vida echados sobre bajos sofás, en los que sin estar fatigados se ven en la precision de descansar todo el dia, y se lastiman sus lángui-

dos cuerpos , si quieren descansar en otra parte.

Incapaces de aguantar el peso de las armas , tímidos delante de sus conciudadanos , y débiles delante del extranjero , son unos esclavos prontos á entregarse al primer dueño.

Desde que supe pensar me disgusté de la desventurada Sibaris. Amo la virtud , y he temido siempre los Dioses inmortales. No , dije yo , no respiraré por mas tiempo ese aire corrompido. Todos estos esclavos del deleite han nacido para vivir en su patria ; yo para dejarla.

Por la última vez fuí al templo, y acercándome á aquellos altares en que mi padre habia ofrecido tantos sacrificios, gran Diosa! exclamé; yo abandono tu templo, pero no tu culto. En cualquiera lugar de la tierra en que me halle te ofreceré el humo del incienso, mas puro aun que el que se te hace quemar en Sibarís.

Partí y llegué á Creta. Esta isla está llena toda de monumentos del furor de Cupido. Allí se vé el toro de cobre, obra de Dédalo, para engañar ó satisfacer los devaneos de

Pasifae , el laberinto , cuyo artificio solo el amor supo burlar : el sepulcro de Fedro que pasmó al Sol , como habia hecho su madre : el templo de Ariana , la cual desconsolada en los desiertos , abandonada por un ingrato , ni aun se arrepentia de haberle seguido.

Allí se ve el palacio de Idomeneo , al cual este príncipe tubo un regreso tan desgraciado como otros capitanes griegos , pues los que pudieron escapar los peligros de un elemento enfurecido hallaron en su casa un cuadro aun mas funesto. Vénus airada les dió es-

posas pérfidas, y murieron víctimas de aquella misma mano que creyeron la mas querida.

No tardé en dejar un pais tan odioso á una Deidad de quien esperaba algun dia la felicidad de mi vida.

Volví á embarcarme y la tempestad me arrojó á Lesbos. Esta isla es tambien poco amada de Vénus. La Diosa ha quitado del semblante de las mugeres el pudor, de sus cuerpos la delicadeza, y de sus almas la timidez. O gran Vénus! deja abrasar de un fuego legítimo las mugeres de Lesbos! ahorra á la naturaleza humana tantos horrores.

Mitilene es la capital de Lesbos y la patria de la tierna Saffo. Inmortal como las Musas esta jóven desventurada arde en una llama que no puede apagar. Odiosa á sí misma halla en sus mismas gracias sus tormentos, aborrece su sexo, y siempre le busca. Como, esclama; como un fuego tan vano puede ser tan cruel! Amor! Cien veces mas terrible eres en tus chanzas que en tus furoros.

Por fin dejé á Lesbos, y la suerte me hizo encontrar otra isla aun mas profana. Tal era la de Lemnos. En ella Vénus

no tiene templo. Jamás la imploran los Lemnianos. Rechazamos un culto, dicen, que afemina los corazones. Mil veces les ha castigado la Diosa; pero sin espiar su delito sufren ellos la pena, siempre mas impíos quanto mas afligidos.

Me hice otra vez á la vela buscando siempre una tierra querida de los Dioses. Los vientos me llevaron á Delos. Permanecí algunos meses en esta isla sagrada. Pero bien sea que los Dioses nos avisen alguna vez lo que debe sucedernos, bien sea que nuestra alma conserve de la divinidad de quien

dimana algun conocimiento de lo pervenir , conocí que mi destino y aun mi felicidad me llamaban á otro pais.

Una noche hallándome en aquel estado de tranquilidad en que el alma dueña de sí misma parece estar libre de las cadenas que la sugetan, se me apareció no sabia al pronto si una mortal ó una Diosa. Toda su persona inspiraba un encanto secreto. No era bella como Vénus, pero tan seductora como ella: no presentaba regularidad en todos sus contornos; pero en su conjunto arrebatava: no pasmaba, pero

movia. Sus cabellos caian al descuido sobre las espaldas; pero este descuido era interesante. Toda ella era encantadora, y tenia aquel aire que solo concede la naturaleza, y cuya virtud secreta oculta á los mas diestros pinceles. Conoció ella mi sorpresa, y con un sonrís, ¡y qué sonrís ó Dioses! me dijo en un acento que penetraba el alma: «Yo soy una de las Gracias. Vénus que me envia quiere hacerte feliz; pero primero es preciso que vayas á adorarla en su templo de Gnido». Desapareció: mis brazos la siguieron: mi sueño vo-

ló con ella. Solo me dejó un dulce pesar de no verla ya, mezclado con el placer de haberla visto.

Dejé pues la isla de Delos y llegué á Gnido. Desde este momento puedo decir que respiré el amor. Sentí.... yo no puedo explicar lo que sentí. No amaba aun, pero buscaba el amor. Mi corazón estaba inflamado como á la presencia de una beldad celestial. Pasé adelante, y divisé de lejos algunas jóvenes doncellas que jugaban en la pradería. Un cierto impulso me arrastró hacia ellas. ¡Qué insensato soy

dije, no amo, y tengo todos los raptos del amor. Mi pecho vuela ya tras objetos desconocidos, y estos objetos le inquietan. Acerquéme: ví la encantadora Temira. Ah! sin duda habíamos nacido el uno para el otro. Solo á ella ví; y creo que hubiera muerto de dolor, si no me hubiese consolado con algunas miradas. Gran Vénuš! exclamé, ya que vos debéis hacerme feliz, haced que lo sea con esta pastora. Renuncio á todas las demas bellezas. Sí: ella sola puede cumplir todas vuestras promesas y todos los votos que puedo yo hacer.

CANTO QUINTO.

Así hablaba yo al jóven Aristeo de mis tiernos amores, que le hacian suspirar por los suyos. Rogándole yo que los contase, alivié su corazon. He aquí lo que me dijo. Nada olvidaré, porque me inspira el Númen mismo que le hacia hablar:

« En esta mi relacion todo lo hallaréis muy sencillo. Mis aventuras no son mas que los

sentimientos de un alma sensible, mis placeres y mis penas; y como mi amor por Camila forma toda mi dicha, forma tambien toda la historia de mi vida.

Camila es hija de una de los primeros moradores de Gnido. Es bella; tiene una fisonomía que se pinta en todos los corazones. Cuando las mugeres forman deseos, piden á los Dioses las gracias de Camila. Los hombres que la ven, ó desean verla siempre, ó temen volverla á ver.

Su talle es gracioso, su aire noble pero modesto, sus ojos

vivos y siempre dispuestos á ser tiernos; todos sus rasgos tienen un enlace bellísimo, y sus encantos un poder invisible de cautivar el corazón.

Camila, sin buscar como adornarse, preséntase adornada con mas primor que las demas.

Está dotada de un espíritu que la naturaleza niega por lo comun á las hermosas: se adapta igualmente á la gravedad y al gracejo. Si quereis pensará maduramente, si os place se chanceará como las Gracias.

Cuanto mas culto tengais el

espíritu ; mas delicado lo hallaréis en Camila. Tiene un no sé qué de cándido que solo parece hablar el idioma del corazon. Todo lo que dice, todo lo que hace, tiene los atractivos de la sencillez. Gracias tan sutiles , tan finas , tan delicadas, bien se reparan , pero mejor se sienten.

Con todo esto Camila me ama: si me vé se transporta de júbilo, si la deajo se incomoda, y como si yo pudiese vivir sin ella , me hace prometer que volveré. Siempre le estoy diciendo que la amo; ella lo cree : le digo que la adoro ;

ella lo sabe, pero se complace en oírmelo decir, como si no lo supiera. Cuando le digo que ella sola hace la felicidad de mi vida, me responde que yo solo formo la dicha de la suya. En fin me ama tanto, que cuasi me haria creer soy digno de su amor.

Habia ya mas de un mes que veia á Camila sin atreverme á declararle mi amor, y aun sin osar decírmelo á mí mismo. Cuanto mas amable me parecia, menos esperaba ser yo capaz de hacerla sentir mi pasion. O Camila! Tus atractivos me robaban el alma, pero

me decían también que no era yo quien te merecía.

Buscaba siempre como olvidarte. Quería borrar de mi corazón tu imagen adorable. ¡Qué feliz he sido! No lo pude lograr: esta imagen dulce ha quedado grabada en él, y en él vivirá para siempre.

Yo antes gustaba, dije á Camila, del bullicio del mundo; ahora busco la soledad: tenía miras ambiciosas; ahora no deseo sino verte: quería viajar por lejanas tierras; ahora la patria de mi corazón es solo el lugar que tu respiras. Todo lo que no eres

tú desapareció de mi vista.

Después que Camila me ha hablado de su ternura, siempre le queda que decirme, y cree haberse olvidado de lo que me juró mil veces. Estoy tan embelesado de oirla, que alguna vez finjo no creerla para que encante mas mi corazón: al momento reina entre los dos aquel silencio deleitoso, que es el lenguaje mas tierno de los amantes.

Cuando he pasado algun tiempo ausente de Camila, procuro contarla lo que he podido ver ú oír. De que me hablas? dice, háblame de nues-

tros amores. Si nada mas te ofrece tu pensamiento, si nada mas tienes que decirme, cruel! déjame hablar.

A veces me abraza y me dice: tú estás triste. Verdad es le respondo; pero la tristeza de los amantes es deliciosa: yo siento correr mis lágrimas, y no sé porqué, pues tu me amas. No tengo motivo para quejarme, y me quejo: no me saques de esta languidez en que me hallo: déjame suspirar á un tiempo mis penas y mis placeres.

Entre los transportes del amor mi alma se agita con es-

teso, y se vé impelida hácia su felicidad, sin llegar á disfrutarla, así como ahora me saboreo en mi propia tristeza. Yo no enjugo mis lágrimas, ¿qué importa que llore, toda vez que soy feliz?

Algunas veces Camila me dice: ámame. — Sí, ya te amo. — Pero, ¿cómo me amas? — Te amo, le respondo, como te amaba; porque el amor que te tengo ahora solo puedo compararlo al que he tenido por tí misma.

Yo oigo alabar á Camila por todos cuantos la conocen; esos elogios me mueven como si

fuesen míos propios, y me glorio en ellos mas que ella misma.

Cuando tenemos alguno delante, ella se produce con tanta maestría, que yo estoy pendiente de sus labios á la menor de sus palabras; pero más quisiera que no los desplecase absolutamente.

Si hace algun cumplido á alguno, yo quisiera ser el que lo recibe; pero de repente me considero que ya no seria su amado.

Guárdate, Camila, de las imposturas de los amantes. Te dirán que te aman, y no mien-

ten: te dirán que te aman tanto como yo; pero te juro por los Dioses que yo te amo mas.

Así que la descubro de lejos, mi espíritu se desvanece ya. Se acerca, y mi corazón late precipitadamente. Llego á su lado, y parece que mi alma quiere abandonarme, que está ya en Camila y quiere animarla.

Alguna vez voy á arrancar de ella algun favor, y me lo niega, y en aquel instante me concede otro. No es esto en ella un artificio; combatida por su pudor y por su amor, quisiera rehusármelo todo, y deseara

podérmelo conceder todo.

Me dice: no os basta que yo os ame? ¿Qué otra cosa podeis desear si teneis ya mi corazon? Yo deseo, le digo, que cometas por mi una falta que el amor hace cometer, y que un esceso de amor puede justificar.

Camila, si yo dejo algun dia de amarte, tome la Parca sin advertirlo aquel dia por el último de mi vida! Aniquile con su hoz devastadora el resto de una vida que seria deplorable para mí al acordarme de los placeres disfrutados mientras te amaba.

Aristeo dió un suspiro y calló. Conocí bien que solo dejó de hablar de Camila para tener embebido en ella su pensamiento.

CANTO SEXTO.

MIENTRAS hablábamos de nuestros amores nuestras almas estaban transportadas en sus delicias; y despues de haber divagado por largo tiempo, entrámos en una floresta dilatada, y un camino sembrado de flores nos condujo al pie de

un peñasco espantoso. En él vimos una caverna oscura. Entrámos creyendo que seria la habitacion de algun mortal. O Dioses! quién pudiera imaginarse fuese tan funesto aquel lugar! apenas habia puesto en él mis plantas, se estremeció todo mi cuerpo, y mis cabellos se erizaron. Una mano invisible me impelia hácia este recinto fatal; y cuanto mas se agitaba mi corazon, tanto mas deseaba agitarse. Amigo, exclamé, entremos mas adentro, dejémos por hoy que se aumenten nuestras penas. Yo me adelanto en este lugar terrible

que jamás el sol penetró con sus rayos, ni los vientos agitaron con sus soplos. Allí ví al monstruo de los zelos. Su aspecto tenia mas de tétrico que de espantoso; le rodeaban la palidez, la tristeza y el silencio, los pesares sesgaban al rededor sus negras alas. Sopló sobre nosotros su aliento, nos puso su mano en el pecho y nos golpeó la cabeza. Al punto solo vímos, solo imaginamos monstruos. Entrad mas adelante, nos dijo, desventurados mortales, id á encontrar una Deidad mas poderosa que yo. Vímos en efecto una horrible

Divinidad á la luz de lenguas encendidas , y de serpientes que silbaban sobre su cabeza. Era el Furor. Tomó una de sus serpientes y la arrojó sobre de mí, yo quise asirla ; pero, sin que yo lo hubiese sentido , habia ya mordido mi corazon. Quedé un momento como en un estupor ; pero desde luego que el veneno se introdujo en mis venas , creí hallarme en medio del Averno , salí fuera de mí, y el alma en su violento trasporte podia apenas contenerse en mi cuerpo : tanta era mi agitacion , que parecia ser el juguete de las Furias.

Nos abandonamos á los raptos de este furor , dímos mil vueltas por la cueva formidable , vagábamos de los Zelos al Furor, del Furor á los Zelos, llamábamos sin cesar: Camila! Temira! Si Temira ó Camila hubieran venido allí, las hubiéramos despedazado con nuestras propias manos.

En fin volvimos á encontrar la luz del dia: nos pareció inoportuna, y casi echábamos menos la hermosa cueva de que acabábamos de salir. Caímos en tierra ya fatigados, y este mismo reposo nos pareció insoportable. Nuestros ojos nos ne-

garon lágrimas, y nuestros corazones no podían suspirar. Yo estuve sin embargo tranquilo por un momento. El sueño estendía ya sobre mis ojos sus suaves alas. ¡O Dioses! aun el mismo sueño fué cruel. En él se me presentaron imágenes para mí mas horribles que las pálidas Sombras. A cada instante me hacia despertar una infidelidad de Temira: yo la veía..... No, no me atrevo á decirlo: lo que solo me imaginaba durante la noche fué para mí real en los horrores de este sueño espantoso.

¡Con qué yo, dije al disper-

tarme, tendré que huir igualmente de las tinieblas que de la luz! Temira, la bárbara Temira me agita como las Furias. ¿Quién habia de creer que llegase á ser mi felicidad el olvidarla para siempre?

Un nuevo arrebató de furor se apoderó de mí. Amigo! esclamé, levántate, vamos á destruir los rebaños que pacen la yerba de estos prados; vamos á perseguir estos zagales, cuyos amores son tan apacibles. Pero no..... Yo descubro de lejos un templo. Tal vez será el del Amor. Vamos á destruirle, hagamos mil pedazos su estatua,

conozca y tema los estragos de nuestros furiosos. Corrimos allí, parecía que el ardor mismo de cometer un crimen nos triplicaba el corage, atravesamos los bosques, los prados, los barbechos; una colina intentó un momento sernos ostáculo, subimos á ella, entrámos en el templo. Era consagrado á Baco. ¡Qué grande es el poder de los Dioses! De repente sentimos calmar nuestro furor. Nos mirábamos uno á otro, y advertimos sorprendidos el desorden de nuestros espíritus.

Dios poderoso, esclamé entonces, mas gracias te doy por

haberme ahorrado un crimen, que por haber calmado mi furor. Y acercándome á la Sacerdotisa le dije: Nosotros somos amados del Dios á quien servís. Su poder acaba de calmar los transportes que nos agitaban. Apenas hemos entrado en este sagrado lugar, hemos sentido ya su proteccion bienhechora; queremos pues ofrecerle un sacrificio. Dignaos pues, ó divina Sacerdotisa, ofrecérselo por nosotros.» Fuí á buscar mí víctima, y la puse á sus pies.

Mientras la Sacerdotisa se preparaba para dar el golpe fa-

tal, Aristeo dijo estas palabras :
«Baco divino ! tú te places en ver la alegría en el semblante de los hombres, nuestros placeres son para tí un culto, y solo quieres ser adorado de los mortales mas felices.

Alguna vez trastornas dulcemente nuestra razon ; pero si alguna Divinidad infausta nos la ha quitado, solo tú tienes poder para volvérnosla.

«Los sombríos Zelos tienen al amor esclavo suyo; pero tú les quitas el imperio que usurpan sobre nuestros corazones, y les obligas á encerrarse otra vez en su mansion horrorosa.»

Concluido el sacrificio, todo el pueblo se agolpó al rededor de nosotros, y conté á la Sacerdotisa los tormentos que habíamos sufrido en la habitacion de los Zelos. De repente oímos un gran ruido, y una mezcla confusa de voces y de instrumentos músicos. Salímos del templo, y vimos llegar una turba de Bacantes, que herian el suelo con sus tirsos cubiertos de pámpanos, gritando: Evohe! Seguia el viejo Sileno montado sobre su asno: su cabeza parecia buscar la tierra, y tan presto como se dejaba de aguantar su cuerpo, se abalan-

zaba como por su propio peso. Toda la turba llevaba ensuciado el rostro. Pan seguía luego con su flauta, y los Sátiros rodeaban á su Rey. El placer y la confusión reinaban por todas partes. Una especie de locura agradable reunía y mezclaba los juegos, las conversaciones, las danzas y los cantos. En fin, ví á Baco sobre un carro tirado por tigres, tal como le vió el Ganges al extremo de la tierra, llevando do quier consigo el placer y la victoria.

A su lado iba la bella Ariana. O Princesa! todavía os lamentais de la infidelidad de

Teseo , cuando el Dios tomó vuestra corona , y la puso en los Cielos. Entonces enjugó vuestras lágrimas; y si no hubierais cesado de llorar siendo vos una mortal , hubierais hecho á un Dios mas desgraciado que vos misma. El os dijo : «Amadme, Teseo huyó, no penseis mas en su amor, olvidad hasta su perfidia. Yo os hago inmortal para amaros eternamente.»

Ví á Baco bajar de su carroza. Después bajó Ariana , y los dos entraron en su templo. Amable Dios , exclamó ella , quedémonos aquí para suspi-

rar nuestros amores. Hagamos gozar á este dulce pais uná alegría inmortal. Aquí cerca ha fijado su imperio la Reina de los corazones. Reine á su lado el Dios del placer, y aumente la felicidad de estos pueblos ya tan afortunados.

«Pero yo, ó gran Dios, conozco que ya te amo mas. Qué! tú podrás con el tiempo parecerme aun mas amable! Solo es dado á los inmortales amar en estremo, y amar siempre con mas ardor; solo ellos logran siempre lo que no esperan, y están mas limitados en sus deseos que en sus mismos goces.

«Aquí serás tú el eterno objeto de mi amor. Allá en el cielo cada Deidad solo se ocupa en su gloria, solamente en la tierra y en la amenidad de los campos se puede amar; y mientras esa muchedumbre se abandonará á una alegría insensata, mi alegría, mis suspiros, y aun mis lágrimas te dirán sin cesar la fuerza de mi amor.»

El Dios sonriendo á Ariana la condujo en el Santuario. Nuestros corazones se llenaron de placer, sentímos una emojion celestial. Transportados como Sileno y las Bacantes, to-

mámos un tirso, y nos confundimos entre las danzas y los conciertos.

CANTO SÉPTIMO.

DEJAMOS los lugares consagrados á Baco; pero no tardamos mucho en conocer que nuestros males solo se habian suspendido. Verdad es que no nos sentíamos agitados con aquel furor que antes; pero la negra tristeza habia penetrado nuestra alma; las sospechas y las inquietudes nos devoraban.

Nos parecía que las crueles Diosas nos habían agitado para hacernos presentir las desgracias que el destino nos preparaba.

Unas veces sentíamos no poder hallarnos en el templo de Baco, otras nos veíamos impedidos hácia el de Gnido: queríamos ver á Temira y á Camilla, poderosos objetos de nuestro amor y de nuestros zelos.

Pero no sentíamos ninguna de aquellas dulces sensaciones que percibe el alma cuando toca el momento de ver su objeto amado: se transporta, y parece gustar anticipadamente

toda la felicidad que se promete.

«Tal vez, decia Aristeo, hallaré al pastor Licas con Camila. ¿Qué sé yo si le hable en este momento? ¡O Dioses! la infiel siente un placer en escucharle!»

Yo le respondia: «Dias atrás corria la voz que Tirsis, de quien ha sido muy amada Temira, debia llegar á Gnido. Este jóven la ha querido, sin duda la quiere aun; con qué ¿habré ahora de disputar un corazon que yo creia del todo mio?»

«El otro dia Licas cantaba á

mi Camila, y yo, insensato de mí! estaba como embobado de oír sus elogios!

«Me acuerdo ahora que Tirsis llevó á mi Temira nuevas flores. Desventurado de mí! Ella las ha puesto en sus pechos! Es un presente, es un regalillo de Tirsis, decia. Ah! ¿cómo no las arranqué de su seno, y no las deshice mil veces bajo mis pies?

No ha mucho tiempo que yo iba con Camila á ofrecer á Vénus un sacrificio de dos tórtolas; me escaparon, y fueron á volar por los aires.

«Yo tenia escrito sobre las

cortezas de los árboles mi nombre con el de Temira, allí habia escrito mi amor. Yo leia, y volvia á leer tan dulces caracteres, sin cesar: una mañana los hallé borrados.

«Camila! ay! no desesperes á este infeliz que te ama: el amor irritado es capaz de todos los estragos del odio.

«El primer Gnidiano que se atreverá á mirar mi Temira, le perseguiré en el mismo templo, le castigaré hasta á los pies de Vénus.»

Entretanto llegamos cerca la sagrada cueva en que la Diosa profiere sus oráculos. Una mul-

titud de pueblo estaba allí como las ondas de un mar agitado: unos venian de consultarla, otros iban á buscar la respuesta.

Entramos en medio de la muchedumbre: yo perdí al dichoso Aristeo, que ya habia dado mil abrazos á su Camila, y yo buscaba aun mi Temira.

Al fin encontré con ella. A su vista, sentí redoblárseme los zelos, y renacer en mi pecho los primeros furoros. Pero me dió ella una mirada, y me quedé tranquilo. Así cuando las Furias salen de los abismos la presenoia de los Dioses les

hace entrar otra vez en ellos.

«O Dioses! exclamó, que lágrimas me has hecho derramar! Tres veces ha concluido el Sol su curso, yo temia haberte perdido para siempre: esta sola palabra me hace temblar. He ido á consultar el oráculo. No he preguntado si me amabas: ah! yo solo queria saber si vivias aun. Vénus acaba de asegurarme que tú siempre me amas.

«Perdona, le dije, á un desgraciado que te hubiera aborrecido si su alma hubiese sido capaz de tal delito. Los Dioses, que me han tomado como á

su juguete , pueden hacerme perder la razon ; pero esos Dioses , Temira, no son capaces de arrancarme mi amor.

Los bárbaros zelos me han agitado con los mismos tormentos con que son castigadas las sombras criminales. Solo he sacado de esto la ventaja de sentir mejor la felicidad que tengo en ser amado de tí, despues de la terrible situacion en que me habia puesto el temor de perderte.

«Ven pues conmigo , ven á este bosque solitario. A fuerza de amar espiaré los crímenes que he cometido. ¿Qué crimen

mayor, ó Temira, que creerte infiel á mi amor?»

Ni los bosques del Eliseo, hechos espresamente por los Dioses para la mansion tranquila de las sombras que ellos aman; ni las selvas amenas de Dódona, que comunican á los hombres su felicidad venidera; ni los jardines de las Hespéridas, cuyos árboles se doblan bajo el peso del oro de sus frutos fueron jamás tan deliciosos, como este bosquecillo, lleno de encantos por la presencia de Temira.

Aun me acuerdo que un Sátiro persiguiendo una ninfa

fugitiva y llorosa nos vió, y se detuvo. «Felices amantes, exclamó, vuestros ojos se entienden y se comunican, vuestros suspiros se pagan con suspiros. Pero yo, paso mi vida en correr tras las huellas de una pastora esquiva, infeliz cuando la persigo, y mas infeliz todavía cuando la he alcanzado.»

Una jóven ninfa sola en medio de este bosque nos reparó y dió un suspiro. Ah! solo para poner el colmo á mis tormentos el cruel amor me hace ver un amante tan tierno.

Encontramos á Apolo sen-

tado junto á una fuente. Habia seguido á Diana, que se habia internado en el bosque en persecucion de un tímido gamo. Le conocí por su blonda cabellera, y por la inmortal turba que le rodeaba. Estaba templando su lira, cuyo melodioso sonido atrae las peñas, hace seguir los árboles, y deja inmóviles los leones. Pero nosotros, sin que nos detuviese tan celestial armonía, nos adelantámos por el bosque.

¿Dónde creéis que hallé al amor? Sobre los labios de Temira. Despues le hallé en su seno, bajó de un vuelito á sus

pies, tambien le pude hallar. Se ocultó debajo sus rodillas, le seguí; le hubiera seguido siempre, si Temira con sus lágrimas, y aun con enojo, no me hubiese detenido. El amor estaba ya en su último asilo. Este es tan deleitoso, que el picarillo no lo sabia dejar. Así un tierno pajarito, á quien el temor y el amor hacen estar sobre sus polluelos, queda inmóvil bajo la avida mano que va á cogerle, y no puede resolverse á abandonarlos.

¡Desdichado de mí! Temira escuchó mis quejas, y sin enternecerse; oyó mis súplicas,

y permaneció mas inflexible. Al fin yo fuí obstinado; ella se indignó: yo temblaba: se irritó contra de mí; yo lloraba, me rechazó: yo caí y conocí que mis suspiros iban á ser los últimos suspiros de mi vida, si Temira no hubiera puesto su mano sobre mi corazon y no me hubiese vuelto á la vida.

No, dijo ella, no soy tan bárbara como tú: jamás he querido hacerte morir, y tú quieres precipitarme en la noche del sepulcro.

Abre tus ojos moribundos, si no quieres que los míos se cierrén para siempre.

Ella me abrazó. Yo tocaba el momento de lograr mis súplicas, ay! sin temor de ser delincuente.

CANTO OCTAVO.

MIENTRAS estaba yo en brazos de Temira, cercano al momento de ser feliz, oí una voz dolorosa que salía de entre unas encinas sagradas, á nuestro detrás. La sensible Temira me dió un beso suave, y dijo: «Baste esto por ahora. Mañana pediremos al amor nuevos fa-

vores. Oigo algun infeliz; y aunque Vénus no prohíbe sus placeres, no quiere la Diosa que los gocemos cuando haya para socorrer ó consolar algun desgraciado.»

Ardiendo yo aun con el fuego que me habian dejado sus labios, le dí una dulce mirada y le dije: «Tus palabras me dejan embelesado. Yo esperaba mas: pero no me atrevo á resistirte. Una virtud celestial habla por tu boca. O pastora! vamos á socorrer este infeliz.»

Entrámos en la espesura, y nos hicimos paso entre los ramos. Vímos una fuente, cuyos

arroyos caían sobre algunas yerbas doblegadas, y formaban un triste murmullo. Temira se postró en tierra y exclamó: «¡O madre de los dulces amores! muéstranos el mortal de cuyo pecho salieron los gemidos. Nosotros hemos interrumpido tus misterios para socorrerle. Ay! cuán desgraciado ha de ser el que gima en este país donde tú reinas!»

Al punto el espeso ramaje que teníamos delante se agita. Una mano como de alabastro aparta algunas ramas de rosal, y nos deja descubrir una belleza que tuvimos por la misma

Vénus. Sorprendidos, un pavor sagrado dobló al instante nuestras rodillas, é hizo bajar nuestros ojos. «O Deidad poderosa de Gnido, exclamé yo con una voz trémula, perdona si osamos penetrar en tus recintos. La ternura de su corazón ha engañado á Temira. Hemos oido algunos suspiros, veníamos á consolar al desgraciado. Mira, el semblante de mi pastora, y conocerás que no puedo mentir.

Temira no osaba levantar sus ojos, y temblaba como la copa de las encinas azotadas blandamente por el céfiro. Sin

poder decir nada, adoraba en su corazón á la Diosa á quien temia haber ofendido.

No soy Vénus, nos dice aquella beldad desconocida: Soy la Nayade de esta fuente. ¿ Habéis oido mis lamentos? Ah! yo tambien escuchaba vuestros suspiros! Cuán diferentes de los míos! Los vuestros son dulces como los besos de Coridon, y los míos amargos como sus desdenes. Ni aun me consuela la esperanza. Y vosotros, qué venís á hacer aquí! ¿ quéreis turbar vuestras delicias con mis lágrimas y mi eterno dolor?

Entonces levantamos nuestros ojos, y quedamos encantados de mirarla. Recostada sobre un lecho de flores, dejaba ver sus delicados contornos. Tenia casi todo su cuerpo descubierto, y parecia de leche. Una gaza sutil ocultaba su cintura, donde el céfiro se introducía impunemente. Sostenia sobre un brazo lánguido su cabeza. Hermosa como una ninfa de Vénus, sus ojos brillaban con una luz amortiguada. ¡Encanto del dolor no tan gracioso, pero mas seductivo que la sonrisa del placer!

O ninfa divina! exclamé, tua

acentos me han conmovido. Yo adoro tu belleza como á un ser inmortal: ¿Es posible que en este lugar donde solo placeres se respiran, tengas que lamentarte de una suerte desventurada?

Una corona de alelies y de claveles ya desecha, estaba no muy lejos de sus pies, y de un sauce cercano colgaba una pequeña cítara de marfil. Temir turbada creia aun adorar á Vénus: la sorpresa no la dejaba hablar, y al verme embelesado en contemplar á la ninfa, me daba algunas tristes miradas.

Así, respondió la Nayade, lo

han querido los hados á quienes están sometidos los mismos Dioses. Venturosa pastora, dijo mirando á Temira, levantaos : las gracias y el candor os mecieron en vuestra cuna, y sois bien digna de ser feliz. Yo tambien conocí un pastor que habia sido compañero de Apolo. ¡ Ojalá no lo hubiera conocido ! Era tan bello como el vuestro ; pero era mas cruel.

Temira se puso toda encendida, me miró, y con una voz tímida : dijo : ¡ Ninfa parecida á los inmortales ! Permitid que os compadezca. Si este pastor hubiese sido cruel , mi alma

hubiera pasado ya sin consuelo la laguna Estigia.

¿Cómo es posible, exclamé, que podais quejaros de un ingrato? ¿Quién pudiera resistir á vuestros encantos? Habria mamado la leche de un tigre ó su pecho se habria fabricado en la cueva de Vulcano.

«Yo le conocí, dijo ella, en un concierto que se dió en honor de Vénus en esta misma fuente. Habia bebido de las aguas del Helicon, y tenia la ciencia de las Musas. Apolo le habia enseñado de tañer la citara. La misma Diosa de Gnido vino para oírle, junto con

todas las ninfas y hermosas. Yo salí de la fuente donde estaba oculta. Yo era vírgen, no habia amado aun. Le ví y sentí que mi corazon no podia adorarle mas.

El amor irritado tal vez conmigo, porque en otro tiempo me mostré esquiva á sus impulsos, se vengó de mí cruelmente.

Habia creido ver en sus ojos aquel fuego que indica un corazon nacido para amar. Yo devoré con mis ojos algunas miradas suyas. Me creí amada. La llama iba creciendo en mi pecho. Esta amena soledad me

era pesada : mis lágrimas ardientes caían sobre estos arroyos, y la frescura de la fuente no podía mitigar el fuego en que me abrasaba.

Coridon vino á Gnido para burlar la fuerza del amor; él se gloriaba de que volvería libre del imperio de Vénus. Mas, ay de mí! el amor se vengó de él dulcemente. Despues de haber cantado con una voz melodiosa la tiranía del amor y la dicha de saber escudarse contra sus dardos , una griega mas bella que Helena cantó este himno.

O Vénus! las cadenas con

que nos ligas son de flores. Qué dulce es la esclavitud del amor! Los mismos inmortales nada tienen de mas delicioso. O jóvenes que no habeis amado! Qué aguardais! ¿Teméis acaso no ser amados? Ah! tanto no lo fueráis ya! Queréis gloria-ros de no amar? Crueles! no os presentéis jamás á nuestros ojos. No nos hagais sufrir mas. Antes de vencernos, vosotros ya habeis vencido. Amad: no-
sotras os cederémos el triunfo.

Calló la jóven cantora, y su voz quedó aun en los oidos por largo tiempo. No deja tanto embeleso la voz de Clio, des-

pues de haber cantado en el coro de sus hermanas sobre la cumbre del Helicon.

Ah! Coridon suspiraba. La languidez de sus ojos anunciaban el triunfo del amor. Yo ví á este rapaz sonreirse, desplegar sus brillantes alas, volar al seno de su madre á informarla de su victoria. Triste de mí! Yo le invoqué. No quiso escucharme. Terpsicore tan bella como la musa de este nombre era mi dichosa rival. Coridon se arrepintió de haber cantado contra los dones de Vénus. La amable Diosa sonriéndose le perdonó fácilmente, y ella misma acom-

pañó á los dos afortunados á su templo.

CANTO NONO.



«Desde aquel momento mi espíritu se alimenta del dolor. Un dia pasó Coridon por esta fuente en busca de su pastora. Llegó fatigado, sentóse, invocó la Nayade de estas corrientes puras. Yo me le aparecí y le dije: «Dónde vas, pastor querido de los Dioses? ¿Qué genio te ha conducido á este lugar? Todas las ninfas suspiran por tí, y

tú estás triste! ingrato! tú ponías la gloria en no amar. Cuán feliz es la que te ha vencido! Todas las bellezas de Gnido le envidian tan amable triunfo. Ah! él sería para mí mas precioso que si Vénus me hubiese dado el premio de la hermosura.

«Nayade preciosa, dijo el pastor, tú te chanceas con un mortal. solo fué dado á Adónis el cautivar una Deidad, y solo Titon pudo lograr los besos de la aurora. El amor ha lastimado mi alma. Mi amada Terpsicore me ha olvidado. Yo la busco por esta selva deliciosa, donde me prometió que me aguarda-

ría, pero en vano. He perdido á un tiempo mi alegría, y mi corazón. Dichosa de tí que en este asilo regalado eres la delicia de los valles, y te burlas del amor.

Ah! Je dije, pastor esquivo! crees ser tú solo el desgraciado? Si te acordaras con placer de esta fuente, yo seria feliz. ¿Por qué Terpsicore no te ama, crees ya no hallar amor en Gnido? Ah infeliz de mí! ¿por qué veniste á descansar en esta fuente? Terpsicore no es su Nayade. Tú serás la causa de mi eterno dolor.»

El se levantó para abrazarme, y yo escapé de entre sus ma-

nos. Conmovido el pastor me invocó á altas voces. Inquieto y amoroso besó la fuente por tres veces, me llamó su querida Náyade: yo me complacia en su desasosiego. Bien hubiera querido responderle, y aun merecer sus caricias; pero el amor es tímido y reservado, y rehusa cuanto mas quiere lograr.

Despues de algunos instantes de silencio adoró la fuente otras tres veces, bebió de sus aguas, y tomando sus dardos y su aljava como el amor, se alargó por el bosque.

Yo no le he visto mas. Ah! sin duda beberá la copa del

amor junto á los lábios de Terpsícore. El es feliz. Este es mi consuelo y mi tormento. Hay Nayades que nunca han amado. Que dichosas son! Resisten? Yo tambien quise resistir. No puedo ser amada de él, pero tampoco puedo olvidarle.

La sensible eco es el embeleso de mi soledad. Toma parte en mi dolor, responde á mis suspiros con suspiros. Si los llevará á mi cruel amado! No le serian importunos. Esta ninfa solitaria consuela á los corazones que el amor ha abandonado, porque se compadece de sus penas.

La dulce hermana de Apolo
baña con su luz azulada mis
ojos que no conocen el sueño.
A veces en medio de la noche
la invoco. O luna! Deidad apa-
cible á los humanos! Por los
amores que tubiste con Endi-
mion, suaviza con tus rayos la
agitacion de mi alma. El amor
te hacia dejar el cielo, y bajar á
los campos de Tesalia para dar
un ósculo á tu pastor amado.
Ese mismo amor es el que aho-
ra me oprime. Tú fomentas las
ilusiones, y alimentas la espe-
ranza. Ah! Bien veo que bajo
tu imperio he de ser tambien
desgraciada!»

Calló la ninfa. La sensible Temira lloró con ella, como si fuese suya la desgracia. Yo ví las lágrimas de aquella amante infeliz, que corrian á mezclarse con las puras aguas de la fuente. Cuán amargas son las lágrimas del olvido! Tanto como dulces las del amor.

Olvidad á Coridon, le dije: él es un mortal cruel, no os merece. A cuántos no cautivaría vuestro sonris divino! Si yo no hubiese conocido á Temira»..... Callé y temí haber dicho demasiado.

En Gnido, dijo la ninfa, el amor arroja siempre dos dar-

dos á la vez. Asi es que ambos amantes suspiran siempre el uno por el otro. A mi sola se complace el hijo de Vénus en hacerme sufrir. Ah! Coridon! Si yo no te hubiese visto jamás!

Le pregunté por este pastor: Es blanco como el armiño, me dijo, sus ojos azules son suaves como el color del cielo en una noche serena. Su rostro respira á un tiempo ternura y una fiereza noble digna de un Dios. Es bello como Apolo y arrogante como el Dios de la guerra. Oculta estos encantos bajo un traje de cazador, y lleva siempre en su sombrero

un toison de claveles para su amada.

Entretanto Temira impaciente, floreaba la lira de marfil con sus hermosos dedos, y hacia salir de sus cuerdas algunos dulcísimos suspiros.

Antes que este pastor me amase, dijo Temira, yo le amaba ya. En el silencio de mi corazon yo le adoraba, conoçia que podia merecerle, pero temia la inconstancia de los hombres. Un placer secreto me llevaba siempre en pos de él, y cuando no podia verle la lira consolaba los temores de mi corazon, y mantenia mi amor y mi esperanza.

La música inspira á un alma tierna una dulce melancolía, que hace del dolor una especie de encanto. Nayade solitaria! consolad con esta cítara vuestros pesares. Mañana volveremos á mezclar con vos nuestros suspiros, porque los amantes aun en sus mismas felicidades no saben sino suspirar.

La ninfa temió interrumpir demasiado nuestros placeres. Desapareció, y dejó el aire embalsamado en esencias de aroma, y el céfiro gemia entre las ramas de aquellos sauces. Nuestras almas se habian enternecido demasiado con aquella des-

venturada. Llorábamos sin saber porqué, nos mirábamos silenciosos. Yo tomé el brazo de Temira, y nos internamos por entre las sombras del bosque.

CANTO DÉCIMO.

CAMINABAMOS por aquellos vergeles deliciosos respirando solo el amor. En un silencio dulce y expresivo el alma se sentia suavemente agitada. Esta agitacion anunciaba un instante feliz. El amor voló otra vez á sus labios, bajó á su se-

no, y se ocultó dentro una rosa que se deshojaba. Yo puse mi dedo trémulo sobre su pecho. Temira volvía otra vez á resistirse. «Tú me haces morir mil veces, la dije. Bárbara! no te bastó el atormentarme antes que viésemos la Nayade? yo seré mas desgraciado que ella.

—El amor, dijo Temira, quiere que guarde para tí lo que tiene de mas precioso. Pero no es aun tiempo. ¿Vés aquel cazador que viene hácia nosotros? Sin duda será el amado de la Nayade. Detente, querido mio. El amor quiere ser reservado en sus misterios.»

El cazador se adelantó hácia nosotros. Nos pareció tan hermoso como Píramo, y tan pensativo como este jóven cuando al ver los pedazos del velo de su amada Tisbe, la creyó presa infeliz de una leona.

Nosotros nos sentamos sobre un follaje, sin atrevernos á interrumpir su dolor. Sentóse sin mirarnos. Sus ojos clavados en tierra anunciaban un alma profundamente apesada. No daba ningun suspiro. Sus labios cárdenos estaban mudos y entreabiertos, y sus mejillas enjutas. La palidez encubria el sonrosado de su ca-

ra, y respiraba con fatiga.

Yo me acerqué y le dije: «Amigo vuestra tristeza me conmueve. Pensad que existen seres mas desgraciados que vos. Si el dolor se alivia comunicándose no rehuséis desahogaros con nosotros.»

Volvió como en sí de su letargo, y dándome una mirada llena de ternura me dijo. «Ah! mis tormentos solo son para sentir, no para explicar. ¿Los Dioses siempre implacables habrán cesado de perseguirme? Si hubiese agüero feliz para mí, seria el haber hallado un mortal como

vos que se interese en mis desgracias.

—¿Sois, Coridon, le dije yo, el querido de las Musas? No os engañais, respondió, pero esas vírgenes que se alimentan del canto, tambien saben inspirar el amor.

—!Qué lástima, le dije, que las risas no asomen sobre vuestros labios, y la alegría no inunde vuestro corazon! Suspirais por alguna ingrata, ó bien os quejais de las finezas del amor? Ah! la Nayade de esta fuente está llorando, y tal vez vos podriais enjugar sus lágrimas.

—Es cierto? respondió Cori-

don, como si se reanimara en aquel momento. ¿La infeliz, la preciosa ninfa todavía se acuerda de mí? ¿Cuándo la he merecido tanto amor? Oh! si pudiese amarla! Dioses! ¿me forzais á atormentar á quien me ama, y amar á quien me atormenta? — ¡Con qué vos sois tambien un desgraciado como ella! El amor, cruel para tantos, me miró risueño, y fuí feliz. He oido hablar que vos os queriais burlar de sus tiros, y que venisteis á Gnido para volveros tan libre como venisteis.

— ¡Cómo se han vengado de mí los Dioses! El amor roe sin

cesar mis entrañas, como el buitre que Júpiter destinó á Prometeo para castigar su audacia. ¿Aquella es la que os ama? Oh! dichosos mil veces, queridos de los Dioses! para vosotros hicieron nacer ellos el placer y la felicidad.»

Temira fijó sobre él sus ojos compasivos, y los volvió á bajar luego. «Esta pastora, dijo el cazador, es una imagen de la que llevo en mi alma. Pero por mi desgracia los Dioses no le debieron dar un corazon tan sensible.»

Temira se sonrió. Todas las gracias del pudor se descu-

brieron en su semblante. Yo no hubiera querido en aquel momento que fuese tan encantadora.

Coridon empezó de esta manera. «El dulce pais de la Bética me vió nacer. Un cielo tan hermoso como el de la Grecia, y una tierra mas amena y feraz que la de Gnido dan á conocer la cercanía de los campos Eliseos. Sus moradores rodeados de mas delicias que los Sibaritas, no son esclavos del placer, y tienen un alma sublime. Superiores á los deleites cultivan su espíritu, y aunque accesibles á los dones de Vénus prefieren

siempre los de Minerva, y los ejercicios de Palas. Guerreros impávidos y tiernos amantes, solo ceden su corazon á una muger, cuando la patria no lo necesita, y como los Samnitas reciben de la patria este mismo amor en premio de sus sacrificios.

Habreis ya oido hablar de aquellas mugeres altivas é irresistibles, que cautivando á cuantos las miran, conservan libre su propio corazon. Sin ser coquetas ni insensibles, arrastran con su misma indiferencia y aun sus desdenes mismos tienen algo de seductor. Al orgu-

llo de las Diosas, reúnen las gracias de una pastora, ni se pueden huir ni cautivar, se burlan del amor, y cuando el amor las ha vencido, le ocultan, y se complacen en atormentar al objeto mismo que adoran.

«Una de estas beldades arrogantes ensayó mi primera sensibilidad.

«Era morenita como Andrómaca. Sus ojos negros eran como los de Safo. Su voz dulcísima hacía derritir el alma. Cuando la oía hablar, mi pecho palpitaba muy aprisa. Sus miradas lo prometían todo, y su corazón no daba nada. Pero, por qué

la culpo si ya lo habia dado á otro? Su nombre era Cefisa. Poned la mano sobre mi corazón. Todavía da latidos con su memoria. Ah! olvidémosla para siempre.

«Mal apagada mi pasión primera juré al amor que no me sujetaria otra vez á sus cadenas. El se rió de mi juramento. No tardé en hallar otro tirano. Blanca como Hipodamia y tan tierna como ella, Nacita se llevaba tras sí todos los afectos. La ví una noche en los campos que baña el soségado Bétis. A la luz apacible de la Luna cogió algunas flores de sus orillas. Ellas

se guardaban para mí. Las recibí de su mano, y me dió con ellas su corazón. Yo la amaba, y era amado! La tierra no la merecía, y como una azuzena cándida se marchitó antes de tiempo. El amor y la muerte se juntaron para perderme. Yo me ausenté. Murió lejos de mí. No pude ni siquiera gozar sus últimas miradas, ni recibir sus últimos suspiros.

«Abandonado, solo en el universo juré no amar ya mas. Creía que mi corazón «se iría endureciendo, pero ¡ay! nació para amar, y no podía vivir sin ser amado. Vine á Gnido. Ví á Terp-

sícore al lado de Vénus. Vacilé un momento en conocer cual era la Diosa, adoré primero á Terpsícore, y con mi equivocacion involuntaria ofendí á la zelosa Deidad. No se vengó de mí desde luego. Me abrasó en el amor de la pastora; y me acompañó con ella al templo. La falsa beldad supo remedar el amor, y me robó toda mi alma. Yo no vivia sino en la suya, jamás mortal alguno amó con tanto ardor. Un fuego devorador me consumia, hervia la sangre de mis venas, mi pasionera ya un furor. La falsa, la pérfida Terpsicore... Yo la ví,

yo la ví pasearse con Dafnis, y recibirle en su seno, por aquellas orillas mismas en que me habia jurado su amor. ¡O Furias! Despedazad mi pecho de una vez. Dioses! ¿qué gloria añade á vuestro poder el que exista un mortal tan desdichado?

—Ah! le dije entónces, no será por haber desconocido á la Diosa el castigo terrible que sufris. ¿Sabéis que Vénus castiga á los ingratos? Tal vez una Nayade es mas digna que Terpsícore de vuestro amor.

—Bien lo conozco, respondió el cazador. Si Vénus quiere

perdonarme voy á espiar mi crimen. Es posible! Todavía se acuerda de mí? Ah! mi mayor tormento es no poder amarla: El fuego de Terpsícore me abraza. Pero yo iré á la fuente. Pediré á la Diosa que mude mi corazón, juraré olvidar á mi cruel enemiga. Las gracias de esta Nayade, su ternura..... la ví una vez, me habló, pero se resistió á mis abrazos. Un nuevo impulso me arrastra... yo vuelo á la fuente, yo siento que la amo ya.»

Dijo, y voló como una codorniz que viniendo de tierras lejanas vuela al nido de sus pri-

meros amores. Terpsícore quería seguirle. «Respeta su amor, le dije. Estos son arcanos suyos. Sean felices. Ellos lo serán mas que nosotros.»

—Qué te falta, dijo Temira, para serlo cuanto es posible? Ay de mí, esclámé, si mis ojos no te lo anuncian, si mis esperanzas tantas veces fallidas... Yo me consumo como ese infeliz pastor por la esquivez de Terpsícore. Temira, tú quieres hacerme morir! Ah! la muerte seria menos amarga que este tormento.»

La noche nos cubria ya con sus alas. Los ojos de Temira

despedían el último brillo del amor. No dijo nada. Entramos en una gruta formada de céspedes. Cayó desmayada sobre la yerba: conocí que el pudor la oprimía, que iba á morir, y entonces... ¡Diosa de los placeres! Vos lo sabeis. Le volví la vida, como ella me la habia vuelto primero.

FIN.



NOVELA PUBLICADA
EN ESTE MISMO TAMAÑO.

Precio.

La Princesa de Clermont, por Ma-
dama de Genlis, un tomo en
pasta 10 rs.

0'

VAT



BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001165023



Biblioteca
de Catalunya

Adq.

C-Tus

CB.

1001165023

- 8
35

Digitized by Google

